

LA ANTROPOLOGÍA FÍSICA Y EL USO DEL CONCEPTO DE RAZA EN CHILE A FINALES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX

PHYSICAL ANTHROPOLOGY AND THE USE OF THE CONCEPT OF RACE IN CHILE IN THE LATE NINETEENTH AND EARLY TWENTIETH CENTURIES.

Sebastián Aguayo Echeverría

Escuela Nacional de Antropología e Historia, Periférico Sur y Zapote s/n. Colonia Isidro Fabela, C.P. 14030, CDMX, México. E-mail: sebastianrae1989@gmail.com

RESUMEN

Durante el periodo que comprende finales del siglo XIX y principios del XX, la clase dirigente en Chile, en su aspiración para transformar el país en un Estado-Nación moderno, entró en debate sobre cuáles eran los elementos biológicos, psicológicos y morales constituyentes del ser chileno/a que pudiesen aglutinarse bajo el concepto de raza chilena. Para llevar a cabo tal propósito, en esta búsqueda de homogeneizar la variabilidad nacional, diversos autores, entre quienes destaca Nicolás Palacios (médico etnonacionalista), hicieron uso de las teorías raciales predominantes del periodo, en el cual la antropología física jugó un papel relevante en la creación de tipologías a partir de descripciones tanto cualitativas como cuantitativas. Bajo el alero de los pensadores franceses de su época, como el conde de Gobineau, Gustave Le Bon y Vacher de Lapouge entre otros, tanto intelectuales como políticos utilizaron la teoría y metodología propias de la antropología física descriptiva para generar un discurso de superioridad racial tanto dentro del país como a nivel latinoamericano, y en el cual la población indígena fue excluida o incluida a conveniencia de cada quien.

PALABRAS CLAVE: raza, racismo, antropología física, Chile.

ABSTRACT

During the period that includes the end of the 19th century and the beginning of the 20th century, the ruling class in Chile, in its aspiration to transform the country into a modern Nation-State, entered into a debate about what were the biological, psychological and moral elements that make up the Chilean being that could be agglutinated under the concept of Chilean race. To carry out this purpose, in this search to homogenize national diversity, various authors, including Nicolás Palacios, an ethnonationalist doctor, made use of the

prevailing racial theories of the period, where physical anthropology played a relevant role in the creation of typologies based on both qualitative and quantitative descriptions. Under the aegis of the French thinkers of his time such as the Count of Gobineau, Gustave Le Bon and Vacher de Lapouge among others, both intellectuals and politicians used the theory and methodology of descriptive physical anthropology to generate a discourse of racial superiority both within of the country and at the Latin American level, and in which the indigenous population was excluded or included at the convenience of each person.

KEYWORDS: race, racism, physical anthropology, Chile.

INTRODUCCIÓN.

Chile, al igual que el resto de Latinoamérica, se vio enfrascado a finales del siglo XIX y principios del siglo XX en una introspección por parte de la clase política dirigente, es decir, la oligarquía y los grupos intelectuales de la época, sobre cuáles eran los elementos constituyentes del chileno, específicamente de la “raza chilena” (Dümmer, 2012). Esta introspección, a la vez se configuraba como un debate vinculado al concepto racial que buscaba y anhelaba una homogeneidad nacional, reflejada en los aspectos constitucionales formalizados una vez que el país obtuvo su independencia en 1818 y en donde se establecía que todos los individuos habitantes del territorio nacional eran chilenos, pasando por alto la presencia de los pueblos indígenas y su diversidad. Así, un requisito indispensable para la construcción identitaria del chileno y “lo chileno” era delimitar sus características biológicas, morales y psicológicas, paso necesario para llegar a la ansiada modernidad y, con ello, a la consolidación del Estado-nación, siempre con la mirada atenta a los modelos que se iban implementando en este aspecto dentro de Europa occidental (principalmente Francia, Alemania e Inglaterra).

Con base en ello, se presenta un breve recorrido sobre los usos del concepto de raza en el Chile de finales del siglo XIX e inicios del XX, época donde *ad portas* del centenario (1918) se hacía eco de un fuerte sentimiento nacionalista que impregnaba el imaginario social de la época tanto en el área intelectual, como en los medios de prensa y la arena política. Se hará un repaso sobre cuáles fueron las principales influencias del pensamiento racista en Chile en su vertiente antropofísica, así como las principales figuras que abogaron sobre el tema, haciendo énfasis en el libro *Raza Chilena* del etnonacionalista Nicolás Palacios, figura a la que lentamente se le va reconociendo su papel preponderante en cómo el chileno se percibe y percibe al otro en la actualidad y quien, a conveniencia, no pasó por alto las características del indígena, particularmente de la figura del mapuche construida en el libro de Alonso de Ercilla “La araucana”.

EL CONCEPTO DE RAZA EN EL DISCURSO INTELECTUAL Y POLÍTICO EN CHILE (SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL SIGLO XX).

Antes de hablar de racismo desde su vertiente antropofísica, la cual será predominante en este texto, es necesario destacar brevemente que antes de excluir a algunos seres humanos por su color de piel o rasgos físicos ya existían en Chile ciertas formas de exclusión ligadas a factores como la geografía o el status socio-económico. Por ende, y siguiendo a Álvarez (2017) podemos entender el racismo desde esta perspectiva como:

...un tipo de concepción de la naturaleza humana, según la cual es posible agrupar a conjuntos de individuos según características comunes e inherentes, que determinarán tanto su desarrollo individual como colectivo, y el tipo de relaciones que establezcan con otros grupos (Álvarez, 2017, pp 40).

Con esta definición en mente es posible rastrear el uso de la palabra raza en Chile como un elemento de segregación desde la época de los reinados, en donde existía una marcada oposición entre la república española y la república de indios, ésta última emplazada al sur de la frontera político-geográfica conocida hasta hoy como el río Bío-Bío, sumándose posteriormente un tercer grupo constituido de castas y esclavos de origen africano (Catepillan, 2019). Posteriormente, en el Chile de inicios del siglo XIX, el motivo de exclusión se adhería a un determinado linaje o a la reputación de los implicados, modificándose esta tendencia hacia finales del mismo siglo donde comenzaron a primar los aspectos físicos (Catepillan, 2019). En última instancia también cabe señalar que la noción de “raza chilena” ya es mencionada en la prensa de la época (previo a Nicolás Palacios), principalmente periódicos y revistas, desde los últimos años que duró el enfrentamiento entre Chile contra la alianza Perú-boliviana en lo que se conoció como la “Guerra del Pacífico” (1879-1884); así como posteriormente con la llegada del centenario, donde la clase dirigente buscó promover el nacionalismo en la población (Subercaseaux, 2007).

Junto a la guerra del pacífico y el centenario hay que incluir también el proceso de militarización conocido como la “pacificación de la Araucanía” ocurrido entre 1860 y 1883, proceso que buscaba anexionar al territorio chileno la zona geográfica comprendida al sur del río Bío-Bío lo que forzosamente conllevaba un conflicto bélico con la población mapuche. Es en este punto donde el oficialismo chileno, ya influenciado por el pensamiento liberal y una política expansionista, recurre a la noción de raza en su sentido biologicista para estigmatizar al “otro” indígena como un individuo que obstaculiza el camino de la

nación en su camino hacia el desarrollo. Tal desdén hacia las formas de vida no occidentales se plasma en el discurso de Benjamín Vicuña Mackena, influyente político de la época quién fuese intendente de Santiago, desempeñando posteriormente el cargo de diputado y senador. Pinto Rodríguez (2000) señala “*el rostro aplastado, signo de la barbarie y ferocidad del auca, decía Vicuña Mackenna, denuncia la verdadera capacidad de una raza que no forma parte del pueblo chileno*” (Rodríguez, 2000, citado en Álvarez, 2017, pp 55). No obstante, no sólo Benjamín Vicuña Mackena era un entusiasta de este proceso colonizador en donde la república de Chile figuraba como dominadora y el pueblo mapuche como dominado, también la prensa de la época asociaba al mapuche con la barbarie. Tal puede ser corroborado en la línea editorial del diario “El Mercurio”:

Los hombres no nacieron para vivir inútilmente y como los animales selváticos, sin provecho del género humano; y una asociación de bárbaros, tan bárbaros como los pampas o como los araucanos, no es más que una horda de fieras, que es urgente encadenar o destruir en el interés de la humanidad y en el bien de la civilización” (Dijk, 2005, citado en Álvarez, 2017, pp 157)

Esta recolonización del territorio mapuche implicaba una segunda parte: una vez reprimidos y desplazados los indígenas se requería poblar nuevamente el territorio, pero no con cualquier población, era fundamental en este proyecto el repoblamiento a partir de migrantes europeos, principalmente alemanes. Tal proceso de europeización al sur del Bío-Bío llevaría al poeta y diplomático Vicente Pérez Rosales a concluir que Chile era una “*verdadera fracción europea trasplantada a 4.000 leguas de distancia en el otro hemisferio*” (Álvarez, 2017).

Como efecto colateral, el Estado chileno extendió su sistema jurídico, educacional y burocrático a la población mapuche, a fin también de poder demostrar la soberanía sobre este territorio imponiendo su constitución (Waldman, 2004). La idea subyacente era unir todo el territorio conquistado, tanto al norte con la guerra del pacífico como al sur con la pacificación de la Araucanía, en torno a la figura del chileno diluyendo así todas las diferencias presentes entre sus miembros (Waldman, 2004).

En oposición a este pensamiento modernizador y amparado por un discurso integrativo en donde convergían varias disciplinas científicas como la biología, sociología, antropología e historia es que surge la figura de Nicolás Palacios (Alvarado, 2004). Se puede hablar de Nicolás Palacios (1854-1931) como quien consolida el concepto de raza en Chile desde su vertiente biológica-hereditaria, haciendo uso de las herramientas ofrecidas por la antropología física. Dicha postura queda plasmada en su obra titulada “Raza Chilena” publicada en 1904

de manera anónima, siendo atribuida su autoría recientemente en 1908 con el lanzamiento de la segunda edición a la cual se le agregan numerosas páginas. Para autores como Alvarado (2004):

En Raza chilena, Palacios se constituye en el primer pensador chileno que va más allá del estudio historiográfico, construyendo un texto donde narra lo que él entiende como la esencia de la cultura nacional chilena [...] encontramos en él un texto que se vale de todas las formas de ciencia a las que tiene acceso para generar un discurso racista increíble pero coherente (Alvarado, 2004, pp 5).

Veamos ahora concretamente en qué consisten los postulados a los que adhiere Palacios en su obra. El primero de ellos corresponde a un mito de origen en donde la raza chilena tendría particularidades únicas debido a su conformación por medio de la mezcla de dos razas puras, guerreras y “patriarcales”; estamos hablando de los godos y los araucanos (posteriormente llamados mapuches), en el cual el conquistador aportó el elemento masculino y el araucano el elemento femenino, esto último debido al robo de mujeres que surgía cuando el grupo indígena perdía una batalla. Esto se afirma explícitamente en el siguiente párrafo:

El descubridor y conquistador del nuevo mundo vino de España, pero su patria de origen era la costa del mar Báltico, especialmente el sur de Suecia, la Gotia actual. Eran los descendientes directos de aquellos bárbaros rubios guerreros y conquistadores, que en su éxodo al sur del continente europeo destruyeron el imperio romano de occidente. Eran esos los godos prototipo de la raza teutónica, germana o nórdica, que conservan casi toda pura su casta, gracias al orgullo de su prosapia y a las leyes que, por varios siglos, prohibieron sus matrimonios con las razas conquistadas”. (Palacios, 1918, pp 35-36)

Para Palacios este cruce de razas era un acontecimiento muy poco frecuente en la historia de la humanidad y para darle soporte a esto, menciona cuáles son las características que hacen de esta hibridación algo tan especial: en primer lugar hace referencia al número de componente raciales que incidieron en esta mezcla el cual corresponde al número de dos (mientras menos componentes raciales se mezclen según Palacios, mejor), configuración que perduró por un período lo bastante extenso como para que la raza chilena fuese fijada antes de la llegada de otros componentes raciales (italianos, franceses, africanos, etc.). En segundo lugar menciona la semejanza existente entre ambas sicologías, en este caso patriarcales (detallaré más sobre este aspecto en breve), facilitando la mezcla de sus elementos raciales; en tercer lugar el que cada raza aportara un componente sexual único, es decir, los supuestos godos aportando únicamente individuos masculinos y los araucanos únicamente individuos femeninos; y finalmente el que ambas razas sea consideradas puras, esto debido a que ambos

grupos poseían características estables y fijas desde hace un gran número de generaciones sin mezclarse con otras poblaciones (Palacios, 1918), lo cual cabe mencionar, nunca fue demostrado por el autor.

Con el afán de darle sustentabilidad a este mito de origen, Palacios recurre incluso a estudios de lingüística para dar a conocer que el dialecto chileno, normalmente menospreciado debido a la poca coherencia que presenta con respecto al español castellano, deriva en gran medida de la lengua goda (convenientemente no del mapuzugun) por lo que este “mal hablar” del chileno realmente tendría su motivo en los remanentes góticos del lenguaje (Rojas, 2013).

En sintonía con el ideal de la construcción del Estado-Nación, donde se busca por medios legítimos o forzados crear una homogeneidad nacional, en este caso a partir de la raza, Palacios no hace referencia a la población indígena actual de esa época entre los que destacan mapuches y aimaras, sino que en su intento de consolidar Chile bajo la consigna “una nación, una raza” invisibiliza a gran parte de las diversas culturas aún presentes y las que progresivamente iban llegando al territorio nacional, que para ese entonces y bajo el foco nacionalista eran consideradas por Palacios como amenazantes por su componente “latino”, citando a Gutiérrez (2010) *“La construcción de esa identidad [chilena] sería incompatible con la diversidad étnica, religiosa o lingüística. Únicamente los pueblos con características homogéneas serían capaces de crear una nación”* (Gutiérrez, 2010, pp 124. Corchetes agregados por el autor). En oposición, su coetáneo Luis Thayer Ojeda difiere con la posición de Palacios, afirmando la existencia de varias razas dentro de Chile incluyendo el porcentaje de estas, las cuales se distribuirían de la siguiente forma: 64.89 % de raza blanca, 34.26 % de raza roja o indígena, 0.98 % de raza negra y 0.17% de raza amarilla (Subercaseaux, 2007).

Dentro de los puntos mencionados por Palacios en relación al bienaventurado origen del chileno es necesario detenerse un momento en el tema de la sicología racial, dividida en dos grandes bloques: patriarcal y matriarcal. Cada uno de estos bloques se construye a partir de un conjunto de características las cuales determinan a cuál de los dos pertenece una raza específica, por ejemplo lo patriarcal estaría compuesto de espíritu guerrero, uso de lenguaje directo, fomento de la industria, patriotismo y la conservación de las tradiciones nacionales por parte de las clases populares; mientras que los rasgos matriarcales estarían vinculados con el comercio, la aristocracia, lo “latino”, la paz, el uso de lenguaje rebuscado y la educación a partir de modelos extranjeros por mencionar sólo algunos (Subercaseaux, 2007). Palacios sin duda privilegiaba las razas de tipo patriarcal (incluyendo la araucana) y temía una inminente feminización de la

raza chilena, culpando de ello a la oligarquía y su predilección por lo extranjero, manifestado en el “afrancesamiento” de las costumbres locales las cuales iban quedando relegadas al olvido.

De lo comentado en el párrafo anterior se desprende una idea que va en total oposición con el pensamiento de la oligarquía chilena para ese entonces reflejada en parte por Vicuña Mackena, y que retoma el imaginario sobre el mapuche propuesto por las crónicas españolas entre las que destaca la narración épica titulada como *La araucana* (1569) escrita por Alonso de Ercilla. Esta idea consiste en una revalorización del pueblo mapuche a partir de sus rasgos patriarcales, de los cuales Palacios resalta su habilidad en el arte de la guerra, capacidad que puso en aprietos y retrasó por varios siglos el proceso de conquista español y posteriormente la expansión de la república chilena. Es interesante percatarse de cómo los intelectuales de aquella época (finales del siglo XIX y comienzos del XX) buscaban a partir del mismo paradigma, en este caso el racial, promover sus propios intereses políticos. Por una parte, Vicuña Mackena haciendo uso del racismo para vincular al pueblo mapuche con la barbarie justificando así el proceso de expansión hacia el sur; y por otra Nicolás Palacios y su uso del racismo para exaltar la raza mapuche en pro de justificar las cualidades superiores que vendrían a aparecer en la descendencia entre estos y los supuestos godos.

Es necesario resaltar el hecho de que muchos de los supuestos de Nicolás Palacios fueron adoptados por autores de generaciones posteriores, los cuales tuvieron una profunda relevancia en la construcción identitaria del país, entre ellos destaca Francisco Encina quién escribió el libro *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, obra de 20 tomos considerada como la más influyente respecto a la idea que tiene el chileno actual sobre su pasado e identidad debido a su éxito masivo y su lectura obligatoria durante la educación básica y media (Gazmuri, 1981). Resabios de estos supuestos pueden ser encontrados en las afirmaciones que hace Encina sobre la proporción de sangre germánica que posee el chileno(a), considerando este elemento, la sangre, como el determinante de la sicología de las razas (Gutiérrez, 2010); o, cito textual, en el siguiente párrafo de su libro *Nuestra inferioridad económica* (1911): “*nuestra raza está formada por dos elementos étnicos cruzados en buenas condiciones biológicas, tiene una relativa unidad antropológica, pero en el grado de civilización carece de unidad.*” (Encina, 1911, citado en Subercaseaux, 2007, pp 49)

Regresando nuevamente a las ideas de Palacios ¿Cuál fue entonces la síntesis de esta mezcla racial que incluía araucanos y godos? Como veremos a continuación, todos los esfuerzos realizados por Palacios tuvieron un único objetivo: elevar la figura del *roto chileno*, descendiente directo de araucanos y

godos, al estatus de raza superior. Palacios defiende acérrimamente la figura del roto, la cual constituiría el grueso de la población chilena, y culpa una vez más a la oligarquía por la segregación social en la que éste se encuentra inmerso, al favorecer el ingreso de otras razas como la latina (Gutiérrez, 2010). Palacios describe, en su intento de aglutinar toda la diversidad biológica y cultural presente en el país, las características físicas del roto, para lo cual se hará valer de conceptos y métodos utilizados por la antropología física, así como la unidad síquica y moral que permearía sobre la nación bajo el alero de esta figura:

Toda la gama que va del roto rubio de ojos azules y dolicocefalo, con 80% de sangre gótica, hasta el moreno rojizo de bigotes escasos, negros i cerdosos, de cabello tieso como quisca, y braquicefalo con 80% de sangre araucana, todos sentimos i pensamos de idéntica manera en las cuestiones cardinales, sobre las que se apoyan y giran todas las demás referentes a la familia o a la patria, a los deberes morales o cívicos: es uno mismo nuestro criterio social y moral". (Palacios, 1918, pp 37).

Cabe mencionar que estos conceptos de dolicocefalo y braquicefalo provienen del anatomista sueco Gustaf Retzius, y fueron ampliamente utilizados por antropólogos y antropólogas físicas que estudiaban la diversidad morfológica craneal entre poblaciones humanas.

Este espectro de variación del que habla Palacios en su análisis físico del roto es dividida en tres grandes categorías, distinguiendo entre el roto de fisionomía araucana “pura”, el roto rubio de aspecto germano bien marcado y el roto que presenta características gradadas de ambas razas (Palacios, 1918). Una vez delimitados estos grupos que conformarían la unidad física de la raza chilena Palacios centra su atención en las diferencias físicas de las razas primigenias (mapuches y godos), siendo las más evidentes para él el color de los ojos, el color del cabello y el color de la piel. Con base en ello realiza estudios para cada una de estas variables, así por ejemplo estima la frecuencia del color de los ojos en la población a partir del método desarrollado por el antropólogo británico John Beddoe quien divide este rasgo en colores claros, colores oscuros y colores intermedios, dejando así de lado “*la extensa gama ideada por [Paul] Broca, y aun las simplificadas de Fowler y de Hovelacque.*” (Palacios, 1918, pp 212. Corchetes agregados por el autor). Definiendo este primer rasgo prosigue a vincularlo con la tonalidad del cabello tal como lo enuncia en el siguiente párrafo “*A estas tres divisiones del color de los ojos, corresponden en Chile sólo dos colores del cabello: los que tienen los ojos claros poseen el cabello rubio o castaño; las otras dos clases tienen el cabello negro, pero la intermedia no tiene negros los mostachos*” (Palacios, 1918, pp 213). Finalmente, obtiene de los tres grupos raciales que conforman la raza chilena el porcentaje

de prevalencia dentro del territorio nacional, donde el primer grupo asociado a tonalidad de cabello clara, iris azules y piel blanca constituiría el 10.5% de la raza, el segundo grupo, correspondiente a personas de ojos negros, cabello negro y tez opaca correspondería al 19% de la raza, y el tercer grupo, vinculado a las gradaciones entre las dos razas fundadoras constituiría el 70% de la población chilena (Palacios, 1918).

Palacios, aparte del conocimiento teórico y actualizado de la época respecto a la antropología física también era avezado en el uso de sus metodologías, siempre y cuando estas le sirviesen como soporte científico para consolidar su teoría racial. Esto queda plasmado en sus estudios antropométricos para delimitar físicamente a la raza chilena utilizando variables como la estatura y algunos índices asociados a mediciones de cara y cabeza (Figura 1).

Talla, hombre.....	1666 milímetros
> mujer.....	1540 >
Índice cefálico.....	79.5 craneano = 78
> orbitario.....	86
> nasal.....	47
> facial (ofrión-mentón)...	98.5

Figura 1. Medidas antropométricas realizadas por Nicolás Palacios en población chilena. (Palacios, 1918, pp 216).

Por otra parte, también le asigna una etimología al término roto, palabra despectiva utilizada en aquella época para referirse a personas andrajosas y de malos hábitos. Palacios rastrea hasta los primeros períodos de la conquista el uso de este término, cuando las tropas españolas luego de arduos enfrentamientos con los araucanos regresaban al virreinato del Perú en busca de refuerzos, provisiones o descanso. Las condiciones en que éstos militares volvían eran paupérrimas, desprovistos de calzado y casi desnudos por lo que se ganaron ese apodo por parte de los peruanos, el cual se prolongó a lo largo del tiempo (Palacios, 1918).

Finalmente, Palacios describe los rasgos psicológicos y morales del roto chileno siempre en la línea de enaltecerlo. Entre los más relevantes menciona el amor a la patria, la sobriedad, la moralidad doméstica severa, el rechazo a los afeites, el carácter parco y sus aptitudes militares que lo hicieron triunfar tanto

en la guerra contra la confederación Perú-boliviana (1836-1839) así como en la guerra del pacífico (1879-1884) (Subercaseaux, 2007).

¿De dónde obtuvo Palacios el marco teórico para este mito fundacional del chileno? Para responder esta interrogante es necesario dirigirse hacia los grandes intelectuales franceses del siglo XIX. Por una parte y como era de esperarse mucho de los supuestos de Palacios se condensan en las ideas del conde de Gobineau, para quién existían razas superiores (arios y nórdicos) e inferiores (latinos), así como también razas que podían ser de carácter patriarcal o matriarcal (Gazmuri, 1981). Gobineau, continúa Gazmuri, resume su pensamiento en tres grandes ideas: cada raza posee características particulares; la mezcla racial es peligrosa; y dicha mezcla puede acarrear una degeneración de la humanidad. Por otro lado, Gustave Le Bon también aporta conceptos teóricos a las hipótesis de Palacios principalmente a partir de la sicología social, en particular sobre la fijeza de las características mentales cuya modificación, al igual que con las características físicas, serían inmutables en el tiempo. Finalmente tenemos a Georges Vacher de Lapouge quién en la línea de los dos autores anteriores afirma que la calidad de un pueblo se debe a sus atributos antropológicos, en especial a los asignados como “arios”, siendo la historia de la evolución humana una lucha entre dolicocefalos y braquicefalos (Gazmur, 1981). Las ideas de estos autores no encontraron nicho únicamente en Chile, según Subercaseaux: “*Gobineau y su pesimismo racial; Vacher de Lapouge y su eugenismo racial; Le Bon y su evolucionismo racial, fueron conocidos y apropiados por las élites ilustradas de comienzos del siglo XX en América Latina*” (Subercaseaux, 2007, pp 35).

Al igual que con su mito de origen sobre la raza chilena, el personaje del roto que Palacios reconocía como el componente étnico principal del Estado, también caló profundo en los intelectuales (políticos, literatos, poetas, entre otros) de la época y posteriores a Palacios. Ejemplo de ello es su presencia en la poesía popular, la música y las artes plásticas junto a su estudio por autores como Roberto Hernández y Luis Durand.

Este intento de crear un arquetipo nacional no tuvo como función únicamente sintetizar los aspectos físicos y morales en un modelo ideal y ficticio de lo chileno, sino que también y como legado de Palacios, el estatus de raza superior asignado a personajes como el roto lo fue en función de comparar a Chile con el resto de Sudamérica, es decir, Chile buscaba emanciparse del imaginario que Europa le atribuía al continente, intentando verse ante el mundo como una nación moderna.

La supuesta superioridad del chileno respecto a los demás latinoamericanos, tuvo un nicho cómodo para desarrollarse y justificarse debido a la victoria de Chile en la guerra del pacífico y la incorporación a una economía globalizada principalmente por la exportación de materias primas como el salitre (Álvarez, 2017). La forzada autoidentificación de Chile con el modo de vida europeo hundiría sus raíces en dos aspectos principales: la singularidad de su raza propuesta por Nicolás Palacios y el clima (Álvarez, 2017). Ya abarcado el primer aspecto es necesario concederle algunas líneas a la influencia que tuvo el clima sobre el discurso racial en Chile, factor que también fue de interés en la teoría antropofísica de la época, buscando establecer tipologías a partir de un clima en particular.

El estudio de la supuesta relación entre clima y su asociación con determinados rasgos físicos, psicológicos y morales puede rastrearse hasta los trabajos de Buffon y De Pawn en el siglo XVIII, cuyo determinismo geográfico posicionaba a las poblaciones latinoamericanas como intrínsecamente inferiores (Dümmer, 2012). La clase dirigente en Chile buscaba emanciparse de este imaginario, creando una separación entre la raza chilena, sintetizada en el roto, y el resto de Latinoamérica. Una prueba de ello la podemos encontrar en Manuel de Salas (1754-1841), educador y político quién desde el siglo XVIII fue precursor de la asociación entre raza y clima en Chile. Acorde a los planteamientos de los intelectuales europeos, el habitar en un clima de tipo cálido y tropical abundante en alimentos sólo podría originar razas de humanos holgazanes ya que las bondades de la tierra no harían necesario que éstos trabajasen por superar las adversidad del ambiente, a diferencia de las poblaciones que habitaban climas fríos las cuales serían trabajadoras y racionales (Álvarez, 2017). Similar a esta narrativa es el discurso que puede hallarse en el manuscrito *Catálogo-Guía del Pabellón de Chile* expuesto en la conferencia de la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929 a la cual Chile fue invitado. En este discurso, presentado a un público internacional se menciona que “*las condiciones excepcionalmente benignas del clima de Chile, comparable al de las regiones más favorecidas de Europa central y meridional, se prestan admirablemente para el desarrollo de la raza blanca*” (Cabero, 1939, citado en Dümmer, 2012, pp 169).

Años más tarde, en el mismo tono que este argumento, pero esta vez desde una postura biologicista respaldada en la ciencia de la época y en la cual el paradigma antropofísico no estaba del todo ausente, nuevamente Alberto Cabero afirma en 1940 que:

El calor abre los poros, hace los nervios y la piel más impresionables y excita la imaginación y la sensibilidad; la atmósfera encendida, sofocada, enerva, deprime el ánimo, no estimula el trabajo. (...) El trópico es propicio al desborde imaginativo, a las excitaciones cerebrales, al mismo tiempo que a la laxitud y a la inercia (Cabero, 1939, citado en Dümmer, 2012, pp 168).

A partir de esta diferenciación entre el clima tropical/barbarie y el clima frío/civilización Chile busca posicionarse dentro de las características geográficas europeas, haciendo gala del paisaje austral y las cadenas montañosas que configuran la cordillera de los Andes, negando su identidad latinoamericana y auto ubicándose lejos del trópico (Álvarez, 2017).

Resulta interesante comentar en este ámbito que a partir de las ideas de Oester Plath también dentro de Chile se generaron diversos estereotipos de roto dependiendo del lugar geográfico. Dicho autor, quién considerando el diverso clima que presenta Chile y las características del roto propuestas por Palacios, expone sobre no solo un tipo de roto sino de siete tipos que se repartirían en el territorio chileno, cada uno con características particulares, mencionando así al “*roto marino, milico, pampino, minero, carrilano, cargador y bandido*” (Gutiérrez, 2010, pp 132).

CONSIDERACIONES FINALES

Si bien en Chile la antropología física es formalizada como disciplina científica durante la segunda mitad del siglo XX y, aunque no se haga mención explícita de ella en períodos anteriores, puede afirmarse que muchos de sus supuestos teóricos como las tipologías raciales y la relación entre raza y clima fueron material discursivo de tanto intelectuales como influyentes políticos a fines y durante al menos la primera mitad del siglo XX. Por otra parte, todo lo referente a su metodología enfocada fuertemente en la descripción de caracteres cualitativos como el color de piel o cuantitativos como el índice craneal, por medio de técnicas como la craneometría y la somatología entregaron evidencia, cuando ésta fuese conveniente para quien realizada el estudio, que sustentaba los supuestos racistas de la época.

Indagar sobre los aspectos raciales y el pensamiento antropofísico de la época en Chile a fines del siglo XIX y principios del siglo XX expone una rica veta de interrogantes a ser respondidas, ya que sus lineamientos no sólo fueron utilizados para hablar de razas o generar un arquetipo idílico del chileno o chilena sino también para intentar resolver la profunda crisis socioeconómica que tuvo el país a inicios del siglo XX y en donde esta teoría racial fue generadora

de varias políticas públicas (Gazmuri Riveros, 1981). Es más, incluso ya en el declive de esta corriente aún tuvo suficiente arrastre como para ser la base de algunas propuestas por parte de médicos en lo que respecta al debate eugenésico que existió en Chile, el cual se agudizó durante la década de 1930 y en donde el médico Hans Betzhold, chileno descendiente de alemanes, jugó un rol relevante haciendo empleo de la teoría de los biotipos para promover una política en salud pública de mejoramiento racial (Sánchez y Cárcamo, 2018).

Por último, es necesario saber cómo se adoptó el discurso racista en Chile no sólo dentro de la clase política dirigente sino también dentro de las clases socioeconómicas menos privilegiadas, así como instituciones que ostentaron durante esa época un gran poder como la iglesia católica.

Aunque en la actualidad algunos de estos tópicos han sido tratados de manera general, como por ejemplo el rol de la medicina en la aplicación de medidas eugenésicas de carácter positivo a la población chilena, quedan aún muchas facetas a ser exploradas en relación a disciplinas que en ese tiempo recién comenzaban a consolidarse en el continente, tal es el caso de la antropología física, ciencia que si bien era inexistente como tal en aquel período en Chile sí podemos visualizarla a través de los escritos de autores como Nicolás Palacios con el uso de técnicas antropométricas, Luis Thayer Ojeda con su estudio sobre la variabilidad racial y Hans Betzhold con el uso de conceptos como el de biotipo, por lo cual se hace necesario ahondar sobre la influencia de estos aspectos de índole antropofísica que incidieron en el panorama chileno de aquellos años.

REFERENCIAS

ALVARADO BORGONO, M.

2004). La modernidad maldita de Nicolás Palacios. Apuntes sobre Raza chilena. *Gazeta de Antropología*, 20, 1–9.

ÁLVAREZ ROJAS, C.

2017 Construcción y uso de la raza en Chile. La ocupación de la Araucanía y la colonialidad del poder. *Mutatis Mutandis: Revista Internacional de Filosofía*, 8, 139–169.

CATEPILLAN TESSI, T.

2019 La República de la Raza. Política indígena y brujería en el Chile del siglo XIX. *Trashumante*, 13, 84–107. <https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n13a04>

DÜMMER SCHEEL, S.

- 2012 *Sin tropicalismos ni exageraciones. La construcción de la imagen de Chile para la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929* (1era ed.). Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile.

GAZMURI RIVEROS, C.

- 1981 Notas sobre la influencia del racismo en la obra de Nicolás Palacios, Francisco A. Encina y Alberto Cabero. *Historia*, 1(16).

GUTIÉRREZ, H.

- 2010 Exaltación del mestizo: la invención del roto chileno. *UNIVERSUM*, 1(25), 122–139.

PALACIOS, N.

- 1918 *Raza chilena: Libro escrito por un chileno y para los chilenos. Tomo I* (2da ed.). Editorial Chilena.

ROJAS, D.

- 2013 Actitudes e ideologías de hispanohablantes en torno a las lenguas indígenas en el Chile del siglo XIX. *Lenguas Modernas*, 42, 85–98.

SÁNCHEZ, M., & CÁRCAMO, N.

- 2018 Hans Betzhold y el “superhombre” chileno: historia de una decepción, 1938-1943. *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 25, 51–68. <http://dx.doi.org/10.1590/S0104-59702018000300004>

SUBERCASEAUX, B.

- 2007 Raza y nación: el caso de Chile. *A Contra Corriente*, 5(1), 29–63.

WALDMAN MITNICK, G.

- 2004 Chile: indígenas y mestizos negados. *Política y Cultura*, 21, 97–110.